



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 25

Las sociedades de castas

Presas de una tradición inmemorial, las castas sobrellevan una existencia que no les pertenece, la cual rumian bajo un sol sombrío. No puede fundarse una democracia donde no existe un pueblo que la merezca; tal es el caso de nuestro país.

Las sociedades de castas y la imposibilidad de la democracia*

De lo expuesto se debe considerar como seguro únicamente la destrucción próxima de los pueblos latineuropeos por el **socialismo**, en cuanto al porvenir de los pueblos latinoamericanos, es terrible para casi la totalidad de ellos como se verá más adelante. Dejando a un lado simples opiniones y pavorosas conjeturas, nuestro deber es conocer nuestra situación y procurar escapar a la catástrofe inmensa que amenaza al mundo latino civilizado. Para alcanzar este fin, debemos abandonar, ya como estadistas o como publicistas o como, simples patriotas, esa actitud ruidosa y banal de toreros andaluces, creyendo que España se va a comer al universo con todo y cometas. ¿Cuáles son nuestros elementos serios y políticos para una conducta social y un gobierno salvador de duración indefinida?

Nuestra base de población, con excepción de Chile, Argentina, Uruguay y el Brasil, son masas anónimas, formadas de imperios de castas; no antiguos, modernos, casi de ayer; pues la conquista encontró a los imperios inca y azteca organizados en castas, y el sistema español procuró y logró continuarlas. ¿Qué cosa es una masa popular modelada en las castas?

El hombre de la **casta** sólo vive silenciosamente impregnado de su pasado repetido como una lección interminable que nunca acabará de aprender: La labor agrícola inclinando al salvaje hacia la tierra donde misteriosamente acoge su bienestar, lo domestica. El horizonte de todo su espíritu lo tiene siempre bajo sus pies, en el surco terroso, y sus manos toman el fruto del trabajo con fatiga, sin avidez y sin pensamiento.

El hombre de la casta, no sabe ni puede saber lo que es un gobierno, no piensa ni puede pensar en hacer la ley, porque está siempre hecha. Todos los bárbaros encuentran el pasado superior al presente y al porvenir, y de este hecho *nace el derecho público y privado de las sociedades de castas extendidas como cordilleras eternas en la bruma de tiempos casi prehistóricos*. En semejantes sociedades sólo hay un gran policía que persigue a todo el mundo; el recuerdo de **lo que hicieron nuestros padres**. Hay un solo tirano que mientras más viejo es, más opresión produce, y más se hace adorar y se llama: ¡la costumbre! Hay sólo una obligación terminante y única para la existencia, copiar exactamente y con la menos inteligencia posible, el día de ayer, como se hizo el día anterior, para así reproducir un cierto día ideal en el pasado, fundamento de la omnipotente tradición.

*En *El porvenir de las naciones latinoamericanas*, 1899, pp. 313-316.

La casta es un cercado, y dentro de él hay todavía una jaula; la subcasta, y dentro de esta jaula un departamento; la finca rural, y dentro de este departamento un cofre de inanición, la familia. Dentro de tantas rejas e instituciones se aparenta vivir, se hacen ligeros croquis de sufrimientos, se duerme como los presidiarios, sin personalidad, conocido por su número, olvidado como hombre, recordado solamente como pieza de maquinaria. Todo individuo es miembro forzoso y permanente de tal familia, de tal serie, de tal círculo, de tal agujero, de tal fila, de determinada casta. A cada individuo, desde que nace, la tradición con su mano helada de cadáver le señala donde debe poner los pies, la cabeza, las manos, el corazón, los instintos, las miradas, los fríos apetitos, y señala la edad para casarse, la mujer, el número de hijos y hasta el modo de enfermarse y ser enterrado.

La institución a que pertenece el individuo de cada casta le da diariamente de comer a hora fija alimentos por supuesto tradicionales, en cantidad invariable señalada desde tiempo inmemorial. La ocupación, el arte, la profesión son hereditarios, transmitidos por herencia como el alcoholismo o la sífilis. La inteligencia es como una sarna que estorba y que se debe extirpar. Nada se aprende, se nace albañil, pontífice, concubina, adivino, carpintero, noble, rey.

La razón de todo derecho es gramatical, **por el uso** visto a lo largo de esta tiniebla profunda que se llama tiempo inmemorial. La razón única de todo deber es: **así hacían nuestros padres**. La función mental no inventa, no razona en ninguna clase social, no hace más que recordar; la sociedad es como un cuerpo sin más nervios que los estrictamente necesarios para la vida vegetativa, los individuos pueden vivir sin cabeza, como muñecos destrozados que conservan el mecanismo de la cuerda que los mueve.

En esas sociedades los deseos individuales no existen, el equilibrio entre las necesidades animales y las facultades para satisfacerlas es correcto como el movimiento de un péndulo en el vacío, que sólo repone la fatiga de sus frotamientos. En ese medio no se conoce la lucha, ni la ambición, ni la maldad, ni la virtud, ni la justicia; todos los signos de la vida se reducen a una vegetación descolorida bajo un sol opaco, tibio, casi frío. Nadie se mueve, ni viaja, ni se expatria, ni huye; el horizonte es una línea fatídica de grandes dudas, sobre él sólo está la superstición, esa estrella polar de los imbéciles. Nunca un viento huracanado en la región moral, nunca tempestades capaces de volcar el mar, nunca la cólera popular con su rasero de flamas y sus picas rematadas por cabezas lívidas con ojos saltados por el terror. Nada de corrientes sonoras de pensamientos, de cambios bruscos tónicos o sedativos en la conciencia pública; nada de luces que deslumbren, de descargas eléctricas que purifiquen, de granizos que apedreen la tierra; nada de truenos que sobresalten, ni de intrigas que inquieten, ni de traiciones que horripilen!

Nada de olas intelectuales levantándose impertinentes sobre abismos insondables, nada de vicios de noche y de hipocresía en la luz, nada de arrugas en

los preceptos verbales, ni de desgarraduras en las costumbres, ni de mutilaciones en las formas, ni de quebraduras en las líneas, ni de manchas en las leyendas, ni de sacrilegios en los altares, ni de censuras a los dioses, ni de desprecio a los sacerdotes. Nunca un rasgo de sublime heroísmo, ni de magnífica abnegación, ni de estrujante odio, ni de aplastadoras ambiciones, ni siquiera un crimen, un grito, un **¡no!**

¡Nada de vida! En el terreno económico la labor agrícola sin ruido, la siembra sin ruido, la cosecha sin ruido, la distribución sin ruido! ¡No hay uno que se quede sin pan y que se indigne; no hay uno que errante marche, porque todas las puertas se le cierran; no hay uno que desnudo con su piel de león en el vientre, profetice una cena como la de Baltasar, la destrucción de Jerusalén, el incendio de Roma, el fin del mundo! En la indefinida llanura de pensamientos banales y toscos como las papas, no hay una grieta que eche humo, ni un murmullo revolucionario en la religión, en la agricultura, en la sopa, en alguna conciencia. Todo aparece uniforme, gris, inofensivo, afónico, inmóvil como el agua a cero grados. La sociedad de castas se gobierna como los batallones, con signos, con toques: la costumbre como gobierno amarra, sujeta, envilece sin hacer sufrir, nada la refina, pero tampoco nada la destruye. La tradición obra como un capelo que cubre una masa sin gérmenes de corrupción durante millares de años. Cierto es que estas sociedades duran intactas hasta cincuenta siglos, pero cuando terminan, sus individuos son un **bagaso** inservible para la civilización.

No se ha dado un solo caso en que de una sociedad de castas haya podido salir una gran civilización teniendo como alma la libertad. Los grandes restos de castas que han quedado en el mundo sólo sirven para la esclavitud y no es posible transformarlos sin transfusión de otra sangre. Europa debe su enorme civilización a que el imperio romano fué siempre militar, nunca de castas, y a que los romanos lo formaron disciplinando tribus valientes y salvajes muy enérgicas. La invasión de los bárbaros tampoco fué de naciones de castas. Estas sólo han existido y existen de hecho en Asia, Africa y América latina. Sin *pueblo para la democracia ésta es imposible, sólo los autores teóricos y malos* de constituciones, pudieron pensar que una democracia podía realizarse con los residuos de una sociedad de castas, no sabían ni lo que eran castas, ni pueblos, ni democracias; aun cuando ya los filósofos europeos habían explicado cuáles eran las condiciones de una democracia.